

¡Qué decidido soy! ¡Qué fuerte! ¡Otro no hubiera obtenido lo que he alcanzado yo! Y después de tanto trabajo, el objeto conquistado, aunque sea un juguete despreciable — una mujer, una casa, un harapo de fama — nos parece algo precioso, un dulce premio a nuestro sudor victorioso. Pero aun cuando el poder no costase trabajo, aunque bastase el conato de una voluntad, el murmullo de una orden, un rápido movimiento de cejas para obtener la obediencia inmediata e ilimitada de las cosas, ¿dónde está la gloria ya, dónde la victoria?

Acaso, pienso, ha sido para mí una gran fortuna el no haber conseguido triunfar de aquella manera material y ciega que yo creía. Hubiera sido más feliz de lo que soy. Y acaso me bastara saber que hubiera podido *hacerlo* todo, y no había hecho nada. Me hubiera quedado sin movimiento para siempre, impotente por demasiado poder. Y hubiera deseado desesperadamente los afanosos días de la vigilia, cuando quería, escogía, seguía cualquier cosa.

¿No serán estas consideraciones nada más que consuelos póstumos del gran fracaso? ¡Oh, sinvergüenza de Adán, arrojado antes de pasar la cancela! ¿echaste a perder incluso el olor y el sabor a las frutas que no pudiste morder?

XXXV

¿SOY UN IMBÉCIL?

Toda mi vida está planteada sobre esta fe: que yo soy un hombre de genio. Pero ¿y si me equivocase, si fuera uno de tantos bobos como toman las reminiscencias por inspiraciones, los deseos por obras, y fuese, en una palabra, un imbécil? ¿Qué habría de extraño en ello? ¿Es acaso la primera vez que un majadero se imagina ser un héroe, que un literato se cree un poeta y que un idiota se pone la ropa de los grandes hombres? ¿No es posible, mil veces posible, que yo no sea más que un frío lector de libros, caldeado de cuando en cuando por el ajeno fuego, convertido en ingenioso por los demás y que haya equivocado el callado borboteo de un alma ambiciosa con el rumor de una vena pronta a estallar y a fluir, a abreviar la tierra y a reflejar el cielo? Cuanto más lo pienso, más común, verosímil y natural me parece. ¿Quién me da derecho a esperar en mí y en el genio? ¿Lo que he hecho? ¡Pero si yo soy el primero en renegar de ello y despreciarlo! Barreduras literarias de todos los países, desahogos nocturnos de un onanista sin amigos, juegos de destreza intelectual... ¡Nada más, ni nada mejor!

Toda la fe de mi genio está en la expectación larga e inútil de un golpe de inspiración revolucionadora y

triumfante; está en mi inquietud perpetua que con nada se satisface y de todo se asquea, excepto de un mundo celestial y platónico que de cuando en cuando me parece entrever entre las nubecillas del verdadero mundo; está en esas iluminaciones que presto vuelan; en esos tenues movimientos líricos, en esas rápidas imágenes que se truecan luego en buenas frases que frecuentemente me pasan por el alma cuando pienso sin mirar, cuando atravieso de noche mis puentes, entre el río y el cielo, temblorosos de luces.

Pero esto ¿qué prueba? ¡El descontento es tan frecuentemente una excusa de la más clorótica debilidad! ¡La ambición de la gloria es hasta tal punto común, incluso en las almas más indigentes! Y todos esos breves soplos fantásticos no llegan a ser el vendaval huracanado que barre el mundo y levanta a los hombres hasta los ángeles y las estrellas; todas esas impresiones desligadas, esas ideícas sin compañía, esos brincos relegados luego abajo, esos pequeños apuntes, esas expresiones felices que no consiguen ordenarse, organizarse, vivir juntas, fundirse en una obra maestra de vida, en una obra plena y cumplida, no aprovechan ni cuentan nada. Es menester bastante más para tener derecho a llamar de tú a los muy poderosos creadores y subir a la torre o al monte para escupir o para llorar sobre la procesión de los orondos y satisfechos. Las chispas fugitivas, los fuegos fatuos, las fosforescencias engañosas, los resplandores velados, los relámpagos lejanos, las chispas que surgen y se apagan en un instante no son la llama, son promesas, tentaciones, halagos; son la yesca siempre renacida de la vanidad; son el conforto extenuante del maldito infecundo, son los guñíos de la agonía de un aborto. No hay que esperar en eso. Mejor sería más bien que no hubiese nada. Esas tufaradas de flaca genialidad son la marca de infamia y de tortura del hombre de tipo medio.

del que no es bestia ni genio supremo, que no es planta tranquilamente vegetativa ni alma furiosamente creadora, ni sordo montón de materia ni columna de fuego ante los pueblos. Soy el mediocre, el infame mediocre que odio con todo mi cuerpo; soy el que ya no será nunca nada cuando la sangre se detenga y los pulmones se hinchan por última vez. Acaso fui algo, hace tiempo, un momento; acaso gasté todo el genio que me fué dado en una sola noche, en una sola partida de ese juego que no sé. Y ahora estoy aquí como un hebreo que, habiendo probado la uva de la tierra prometida en un día de apresurada vendimia, se quedara solo, con la boca seca, en medio del desierto polvoriento; soy como quien está suspenso entre el cielo y la tierra, harto corpulento para subir a las estrellas y harto etéreo para arrastrarse por el suelo. Sedimentos de cultura, reminiscencias de poetas, bullicio de pensamientos, hacen de mí un hombre inadaptado a la sólita vida de lo práctico y lo mecánico, y no han bastado a hacerme digno de la de rey de las mentes. ¡Si al menos no hubiera experimentado, ni siquiera de lejos, ni siquiera un instante, la espasmódica gloria de la creación! ¡O si hubiese nacido y permanecido resuelta y definitivamente un tranquilo imbécil sin conciencia, un modesto cretino sin remordimientos, un buen idiota sin pretensiones! Pero no. Sé que soy imbécil, siento que soy un idiota, y eso me distingue de los idiotas completos y contentos. Soy superior hasta el punto de comprender que soy bastante superior a nada. Tal vez con el correr de los años mi imbecilidad será más profunda, y entonces, si no más feliz, no estaré tan atormentado. Y espero volverme árbol o piedra, y yacer al cabo en la bienaventurada inconsciencia del todo.

XXXVI

Y UN IGNORANTE

Y luego, en el fondo, digamos toda la fastidiosa verdad: ¡soy un ignorante! He husmeado por doquier, he revuelto en todo, he desflorado y abusado de lo cognoscible; me he dado de cabezazos contra lo incognoscible; pero nunca he profundizado en nada. No hay doctrina, filosofía, arte en que pueda decir que soy verdaderamente déspota absoluto. No tengo una especialidad; no tengo un campo, aunque sea pequeño, aunque sea un huerto doméstico, en que me sienta verdaderamente en lo *mío*, en que pueda tratar de arriba abajo a quien se me ponga por delante.

Puedo dar a los demás, a muchos, la impresión de ser uno de esos hombres anfibios, eunucos y desmasculinizados que se llaman, con ultraje a la agricultura, "hombres cultos". He leído bastante libros, muchísimos, y con todo puedo decir que no he leído nada. Tengo en la cabeza una infinidad de nombres, una horda de títulos, un almacén de apuntes, pero los libros que verdaderamente conozco, por dentro y por fuera, en las palabras y en el espíritu, por lecturas repetidas, meditadas y tranquilas, son poquísimos, y me avergüenzo de ello, aunque no sea yo solo el único en este miserable estado de quien pierde el tiempo escribiendo en la arena palabras que se llevará el viento. El hombre de un solo libro es fúnebre y siniestro; pero el hombre de demasiados libros es como una alcantarilla que retiene de lo que pasa por ella únicamente lo peor, lo externo. Yo soy uno de esos hombres. *Mea culpa.*

Soy el autodidacto nato, el autodidacto es grande únicamente si consigue madurarse y formarse. Soy el enciclopédico, el hombre de los Manuales y de los Diccionarios, y el enciclopédico es maravilloso cuando sabe ligar con los anillos de hierro de las ideas madres los haces marchitos y sin flores de los hechos regados aquí y allá por las librerías.

Puedo deslumbrar a más de uno con la bibliografía; puedo sostener conversaciones docentes incluso con especialistas. Pero pasados cinco minutos o cinco días, héteme a secas; mi panera está vacía. Tengo muchos sacos en mi casa, pero ninguno a la medida.

Adondequiera que me vuelva no soy un profano, mas tampoco un iniciado. No tengo sitio reconocido en las reuniones de los doctos, y no llevo carteles en la frente. Soy un desarraigado que puede estar en cualquier parte mientras no le echen.

Judío errante del saber, no me he detenido en país alguno, no he tomado domicilio estable en ninguna ciudad. Perseguido por el demonio de la curiosidad, he explorado ríos y bosques sin designio y sin paciencia, de paso, al vuelo. Tengo muchas reminiscencias, pero pocos fundamentos. Soy como un rey que posee un gran imperio compuesto de mapas.

Lo he empezado todo y no he concluído nada. Apenas emprendido un camino, he vuelto por la primera travesía que se abría a mi derecha o a mi izquierda, y de ésta, por los atajos, he ido a dar a los senderos y por los senderos o otra carretera.

Cuando alguien se maravilla de mi saber, de mi "erudición", me entran ganas de reír. Yo sólo sé los vacíos espantosos que hay en mi cerebro. Yo sólo, que he querido saberlo todo, sé cuán próximos están los confines de mi ciencia. Las hazañas de la antigüedad, las lenguas muertas de las grandes naciones, las ciencias de la luz, del movimiento de la vida, me están

casi cerradas. Conozco el vocabulario y algún párrafo; tengo una idea del conjunto, y no sé andar con mis piernas. Soy ignorante, desmesurada e incurablemente ignorante. Y lo peor es que mi ignorancia no es la pura y natural del hombre de los bosques y de los campos que puede ir unida a la frescura, a la paz e incluso a una cierta ingeniosidad. No; yo soy un ratón de biblioteca; soy el que ha aprendido tanto, que ha perdido la espontaneidad sin adquirir la sabiduría.

Y, sin embargo, he tenido el valor de querer enseñar a los hombres, de improvisarme maestro, de trazar a los demás caminos y senderos. He escrito libros con notas y bibliografías; he sentenciado acerca de libros ajenos; he dado la impresión de poseer mis argumentos y de conocer mis temas. Tengo una cierta reputación de sabio, de trabajador, de fichador. ¡Cuán grande debe ser la ignorancia de los demás para que se vean de mí tales cosas! Yo sólo puedo decir cuán fácil y falsa es la fama que ciertos doctos obtienen con poco gasto de la ciega holgazanería de los hombres. Yo que conozco el derecho y el revés de mi sabiduría y qué sé cuán leve es y sutil la tela de mis erudiciones, qué falta de preparación hay bajo la seguridad y cuánta timidez bajo la ostentación, me avergüenzo de mí mismo y de los demás y siento la necesidad de confesarme en alta voz con quien quiera oírme.

¿Qué cosa grande podrá nunca surgir de un hombre de tal manera sumergido y enfangado en la ignorancia? Saber es poder. ¿Es, pues, para maravillarse el que mi potencia se ha quedado en tormentoso recuerdo y remordimiento, en la barredura de los deseos muertos? ¿Y a quién habré de acusar de esta necesaria derrota?

A mí mismo, siempre a mí mismo, solamente a mí mismo. Si yo hubiese sido más débil (para no soñar) o más fuerte (para vencer), no estaría aquí humillándome ante aquellos a quienes desprecio!

XXXVII

NO CONOZCO A LOS HOMBRES

No tengo únicamente la ignorancia de las cosas, sino también la de los hombres.

¿Cuál era el gran designio de la vida? Influir sobre mi especie, transformarla profundamente, conducirla de la bestia al hombre y del hombre a Dios; inaugurar una nueva época en la historia del mundo, fijar la hégira mística de la Humanidad. Mas para influir sobre los hombres es menester conocerlos; para cambiar sus almas es menester haber sabido entrar en ellas, haberlas penetrado con la simpatía y con el amor. Sin un contacto directo y cotidiano con todos, con los hombres de ciudad y del campo, con los niños de la escuela y los obreros de la fábrica, con las mujeres que esperan y con las que sufren, con los grandes de la tierra y con los mendicantes descalzos, no es posible producir un impulso que los arranque de la vida tal como es, para lanzarlos violentamente hacia lo mejor. Quien quiera encontrar los caminos de su corazón y descubrir el meollo de sus actos, debe haber conocido sus más secretos pensamientos, sus necesidades más graves, sus más ocultas preferencias. Hay el hombre de los filósofos, que la psicología puede exponernos en las trescientas páginas de un libro o en las treinta palabras de una definición; hay el hombre exterior,

todo fachada, que por sí y ante sí se ofrece a los demás para hacerse ver y valer frente a los compañeros, a quien se conoce en pocos instantes y se describe con pocos rasgos. Pero el hombre verdadero, el hombre real y concreto, no el muñeco simétrico de los filósofos ni el disfraz exterior de nuestros sentimientos. El apóstol, el profeta, el mesías, debe conocer al hombre que está bajo las palabras y las caracterizaciones; debe conocer a los hombres y no al hombre; a este hombre y aquél, millares y millares de hombres, uno por uno, con todas sus íntimas fisonomías sentimentales y mentales.

Yo no los conocía y tenía por fuerza que fracasar. No se hace uno escuchar de aquellos a quienes no se ha querido escuchar. Fuí extranjero ante ellos, y no comprenden el lenguaje de los extranjeros. No pueden amar a quien no se ha consumido de amor por ellos. La Humanidad es una mujer que se conmueve únicamente por quien la adora y por quien la atemoriza.

Por eso intenté a mi vez conocer a los hombres; me he esforzado en mezclarme con ellos, en tomarlos del brazo, en escuchar sus conversaciones, en recibir sus involuntarias confidencias.

Quise experimentarlo todo: entré en las casas de los pobres, para recoger sus actas de acusación; me detuve ante el hombre que cavaba, que ahondaba para entrar en el espíritu de su trabajo, para adivinar su idea de felicidad; seguí a los desconocidos a través de las calles populosas para espiar su vida; quise acercarme a los señores elegantes y corteses, y temblé de frío y de rabia en sus salones caldeados; me detuve con el camarero y con el mozo de cuerda; hice hablar a los niños y a sus madres; frecuenté las iglesias y me senté junto a las beatas vestidas de negro que murmuraban ante la Virgen sus votos pueriles; estuve con

los curas en las sacristías y con los frailes en los conventos; pisé las escuelas de los grandes escolares y los estudios de los pintores desconocidos; me incliné sobre el mostrador de los comerciantes y charlé con los dependientes; hice que las pérdidas me contaran su vida y respiré el aire grasiento y maloliente de las casas económicas de comidas y de los cafés de segundo orden para oír las conversaciones de aquellos a quienes quería redimir.

Yo mismo probé a inmiscuirme en la vida de los demás; escribí cartas a máquina junto a los escribientes; tomé apuntes con los estudiantes; despellejé pedazos de muerto con los médicos; seguí el trigo con los campesinos; tiré de la cabezada de los borricos con los arrieros; comí, charlando, con duques y marqueses; empleé la llana con los albañiles y la batidora con los peones.

Sin embargo, todo fué inútil. Me he acercado a vosotros, hombres, y no os quiero. No puedo amaros. Me irritáis, me repugnáis. Y pues que no os amé, no os conocí, y no habiéndoo conocido no puedo salvaros. Estuve solo y completamente mío en medio de vosotros, y vosotros me dejastéis solo. Mis palabras os dejan mudos y mis promesas no os mueven. Habéis hecho bien.

Hay en mí un tremendo contraste, como en todos cuantos han intentado cambiar nuestro destino. Me acerco para conoceros, y apenas empiezo a conoceros me disgusto. Para salvaros de este disgusto tendría que cambiaros; pero no puedo porque no sé cómo estáis hechos. Es un círculo doloroso por el cual muchos fueron destrozados y triturados. Cada cual ama con inmenso amor a la Humanidad, encerrado en la soledad de su casa. Apenas sale y empieza a tener que ver con Pedro y con Judas, hombres que hablan y andan, el amor se trueca en desprecio y odio. Y se aleja

de nuevo y en el desierto vierte su amor por todos los hombres, incluso por Pedro y por Judas.

Este es mi caso. Yo os amo, hombres, como pocos os aman. Toda mi vida interior rebasa de este amor más puros, más nobles, más poderosos. Mi sueño más caro era el de ser vuestro redentor mayor y verdadero.

Pero este amor es celoso, oculto, extraño. Apenas intento expresarlo, las palabras se me hinchan en los labios; apenas intento abrazaros, se transforma en disgusto; apenas respiro entre vuestros alientos, se envenena y se esconde. Es un amor íntimo, completamente mío — un amor solitario, egoísta, impotente. — En vez de encenderse más a la vista del amado, decae y desaparece; en vez de manifestarse en actos amorosos, en palabras cordiales, toma la forma del sarcasmo y la fusta de la invectiva. Mi amor está hecho de escupitajos y golpes. Vosotros no podéis comprenderlo ni aceptarlo.

Yo no puedo reproducirlo en estos momentos de despiadada sinceridad. La culpa es mía: soy hartó frío para poder confundirme con vosotros verdaderamente como el amante con la amada. En mi sonrisa leed la burla; en mi apretón de manos hay un puño que tiembla. También la Humanidad es de los violentos, y yo no supe amaros ni pegaros bastante.

En mí hay únicamente intenciones sin fuerza y he de destrozarme sin tener derecho a pedir el consuelo de una palabra. Soy un pequeño Prometeo, que tiene en su pecho el buitre del remordimiento, porque con el fuego robado sólo ha sabido quemarse a sí propio.

XXXVIII

LA INSPIRACION

¡Oh, si de pronto estallase dentro de mí, como una vena largo tiempo detenida y cerrada por fuerza, la majestuosa y profunda corriente de la inspiración, y las ideas brotasen como chorros fantásticos hasta el cielo, y las imágenes y los sentimientos y las caras palabras definitivas cayesen como una lluvia para refrescar mi corazón, para consolar, para despertar, para enternecer todos los corazones de los hombres! ¡Oh si mi alma se inflamase de pronto, como en un campo de maleza, como una selva árida y frondosa, y los pensamientos iluminasen el cielo como cohetes desplegados, y las palabras quemasen como fuego verdadero, y las ideas surgiesen al correr de mi pluma como chispas de un leño encendido, y pudiese, al cabo, iluminar y caldear todas las almas de los hombres! ¿Por qué me ha de ser negada, precisamente a mí que la espero, deseo y quiero, esta alegría, esta felicidad, esta gracia?

¡Oh, si en estos días, después de tantos años de espera impaciente y de invocaciones desatentadas, oyese fluir una inundación de palabras nuevas, me sintiese invadido de una oleada nunca sentida, y en vez de escribir las mismas historias, de encartar las mismas palabras, de arrastrarme penosamente sobre las huellas

de los pensamientos cansados y remendados, se me vienesen a la boca verdades inesperadas, maravillosas imágenes y acentos, armonías y pasiones que ningún hombre hubiese nunca descubierto, hallado o sentido! ¡Cuántas veces, por la noche, a la luz roja y ondulante de una vela o a la más tranquila y blanca de una lámpara encendida, he esperado la llegada de la hora divina, como los amantes desilucionados siempre esperan a media noche a la bella que al cabo se les ofrece! Y poco a poco rompía las cartillas, no llenas del todo aun de gruesas letras negras y apresuradas y me atormentaba los ojos con las manos, y miraba estúpidamente alguna cosa estúpida, trazaba casi soñando perfiles de monstruos y de viejos barbudos y rompía otros papeles y me maldecía a mí mismo, hasta que me levantaba de pronto, y tirando silla y pluma, me arrojaba en la cama, sin poder dormir, sin poder soñar, sin poder olvidar.

Así cien y mil veces; el espíritu permanecía siempre duro e impasible; el alma, siempre fría y muerta; el papel, siempre blanco; la gloria, siempre lejana. El genio no existe, el eco no responde, el estro no despierta; obscuridad silencio, tortura.

¡Qué no hubiera hecho y no haría por ser sacudido y despertado un instante, por recibir de pronto la misteriosa dictadura de una revelación!

Inspírenme Dios o el demonio, no importa; pero que alguien más grande que yo, más sano que yo, más viviente que yo, más loco que yo, hable por mi boca, escriba con mi mano, piense con mi pensamiento.

XXXIX

MIS DEUDAS

Pero Dios no quiere hablar por mi boca; no escribiré un libro santo. Y el demonio, que en literatura se complace, me agarra hacia el interior de los espantos.

Mas tengo miedo de que alguien hable lo mismo por mi boca. No me conozco aún a mí mismo. Tanto me he repartido, que mi alma está ahora dividida y despedazada, sin vida, con todas las fibras descubiertas y confusas, como en tantas mesas de anatomía. No me conozco. No reconozco mi voz. No sé, cuando habla, si las palabras proceden precisamente de mí o si algún maligno apuntador se ha escondido tras de mis hombros.

Siento que soy *deudor*. Todos los hombres son deudores, pero poquísimos reconocen sus deudas, y los más no se proponen pagarlas. La historia del espíritu humano está llena de letras protestadas. Nos comemos a los viejos, como los salvajes del Pacífico, y no siempre sabemos digerirlos. Con todo, reconocemos como nuestros los vómitos que siguen a tales devoramientos.

Me siento infinitamente deudor. Yo puedo decir, como San Pablo: "Soy deudor de los griegos y de los romanos, de los hebreos y de los gentiles". Podría añadir otra media docena de pueblos, y no se cerraría la cuenta.

Soy como los hombres de la edad de oro: no distingo el tuyo y el mío. No he robado con la idea deliberada de robar. Los plagios no me gustan; sólo los muy ricos o los muy pobres los pueden hacer. Pero he respirado, he absorbido, he masticado e ingerido cuanto ha caído en mis manos, y ahora no sé hacer la separación de bienes. Estoy todo impregnado de teorías ajenas, embutido de libros, saturado de artículos, atiborrado de palabras y de imágenes. Soy ahijado de la cultura y de los demás, mientras que querría ser genio, yo mismo.

Esta indeterminación me irrita; quisiera saber lo que verdaderamente soy, cual es mi participación personal en lo que he hecho. Quisiera regalar a los demás, luego de haberlos robado; quisiera añadir algo a esa civilización que me ha alimentado. Quisiera encontrarme yo mismo: hacer el arqueo e irme con mi bagaje, aunque sólo pesase una onza. Pongo mi nombre al frente de mis libros; pero quisiera saber lo que de veras me pertenece y lo que he arrendado. Me parece haberme empastado de tal manera con los demás, que no puedo usar mis propios miembros. Canto en corro y no consigo hallar el timbre de mi voz.

Estoy disgustado. Esta comunidad me fastidia; la sospecha de hurto me turba. No quisiera tener deudas con nadie, y con gusto vería que mis acreedores no me reconocieran. Quiero ser yo, yo solo, separado, independiente, sin ataderos, único y legítimo propietario de mí mismo y de mis cosas. Soy un Robinsón sin la isla.

Por el contrario, cuando releo lo que escribo pareceme estar siempre en casa ajena. Aquella palabra puedo haberla tomado de aquel escritor antiguo; aquella imagen puede ser reminiscencia de otro; aquella idea puede ser el disfraz y la prolongación de ajena teoría; aquel tipo puede haberme sido sugerido por

una novela leída, por un personaje vivo; aquel apunte puedo haberlo tomado en la conversación de un amigo. Las sombras de los pasados y de los presentes se me reúnen alrededor, y yo quisiera arrojarles a todos a la cara su haber, con frutos e intereses. Los demás no tienen estos escrúpulos; los envidio.

No quisiera tomar nada ni siquiera de la realidad; quisiera ser como la araña, que saca de su vientre todos los hilos de su obra. La abeja me es odiosa, y su miel me sabe a rejalgar. Quisiera ser el deudor de mí mismo y solamente de mí mismo. Ni siquiera los aspectos del cielo, los rostros de los hombres, las plantas de los bosques ni las casas de la ciudad debieran darme nada. No puedo por menos, y sin embargo me avergüenzo de encontrarlos en mí, en mis escritos. Me parece que sin aquel cielo, aquel rostro, aquel árbol, aquella casa, no hubiera sido capaz de decir nada, y ello me entristece. Quisiera hacer el vacío en torno a mi espíritu para ver de lo que es capaz cuando se le abandona a sí mismo. Es un deseo absurdo, un empeño ridículo, un imposible; ¡muchas gracias! Pero no puedo por menos de sentirme así: el antideudor por excelencia, hasta la locura. Y luego hay algo peor: incluso tengo miedo algunas veces de deber lo que llamo mi ingenio a cosas absolutamente extrañas a mí, y físicas por añadidura. Si estoy más agudo después de dos tazas de café; si tengo más facilidad para relacionar después de haber vaciado una tetera; si me pongo alegre y paradójico después de un vaso de espumante; si me siento más noble sobre una cima de mil metros; si una música de café, una fanfarria de soldados o un tiempo de sinfonía me hacen más poético y hacen nacer en mí pensamientos, imágenes y períodos que no sabría evocar en el silencio, entonces una estúpida vergüenza me invade el ánimo y tengo la cruel sospecha de no ser más que una máquina cerebral que rinde lo

que en ella se emplea, que tiene necesidad de combustibles y de esencias para trabajar y que no soy yo quien piensa y sueña, sino que el café, el té, el vino, el oxígeno y los sonidos piensan y sueñan en mí. Es un miedo estúpido tal vez; hay gente que bebe y escucha lo que yo bebo y escucho, y con todo, no hacen lo que yo hago. Pero no importa. Esta cosa negra o rubia que me echo al cuerpo me produce cierto efecto; si no la tomase no escribiría lo que escribo y no pensaría de ese modo. Estas substancias físicas y extrañas son una parte de mi inspiración, son las colaboradoras de mi vida, y ello me da rabia e ira. Ser deudor de Shakespeare es ya bastante fastidioso; pero deberle algo a una infusión de Puerto Rico y Santo Domingo, o de té de Ceylán, es harto humillante.

No sé cuántos experimentarán este malaventurado tormento de no encontrarse en sí mismos. Los griegos, con su *γνωθι σεαυτον* e Ibsen con el "sé tú mismo", me irritan por manera increíble. ¿Cómo haré para conocerme yo mismo si no sé encontrarme en esta multitud de humanidades, que me aprieta y penetra por doquier? Y ¿cómo llegaré a ser verdaderamente yo mismo si no sé reconocermé, si no sé cuál es el centro irreductible, el último residuo de mi personalidad?

Yo no busco un hombre, no busco el Hombre; quiero a mí mismo, únicamente a mí mismo. Y no sé quién es, ni dónde está, ni qué piensa verdaderamente. En este yo, fajado, vestido, inspirado por los demás, tengo que vivir, tengo que vivir, para siempre, como un desconocido, es uno de los suplicios de mi dura vida.

XL.

EL BUFON

Antes de morir de hambre y de frío como un gato extraviado, haré todos los oficios: iré a recoger trapos por las calles, con un saco al hombro; iré por las puertas de las iglesias y de los cafés pidiendo una limosna por amor de Dios; seré guarda de retretes públicos; haré bailar a un oso en las plazas de los pueblos, y si no me queda de veras otra salida, haré de joven abogado. Pero hay un oficio que no haré nunca, aunque me lo ordenasen con la pistola al pecho.

El de escritor bufón, de escritor que escribe para divertir la gente, para pasatiempo de aburridos y vagabundos; el infame oficio del hombre que de un enero a otro inventa historias, fabrica intrigas, busca aventuras, refresca recuerdos, desarrolla novelas, improvisa cuentos y construye comedias para hacer reír o llorar a quien lo paga y le aplaude.

Es inútil que estos divertidores públicos hablen de belleza, finjan ponerle morro a la plebe y reciban bajo la capa, por la noche, en la obscuridad, el precio de sus pasatiempos. Son, quiéranlo o no, los cortesanos de la multitud soberana, que quiere olvidar la torpe vida del día; los bufones asalariados del pueblo; los ministriles de la burguesía, que entre una chupada de cigarro y un paseo quieren leer. Quien vende ficciones